

ORANDO CON LA PALABRA

(Quinto Domingo de Cuaresma)

Las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús, diciendo: «Señor, tu amigo está enfermo.» Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.»

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea.»

Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.» Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará.»

Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día.» Jesús le dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» Ella le contestó: «Sí, Señor, yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.» Jesús, muy conmovido, preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?» Le contestaron: «Señor, ven a verlo» Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste?». Jesús, sollozando de nuevo, llega al sepulcro. Era una cavidad cubierta con una losa. Dice Jesús: «Quitad la losa.» Marta, la hermana del muerto, le dice: «Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días». Jesús le dice: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado.» Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, ven afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

(Jn.11,3-7.17.20-27.33-45)

Seguimos avanzando hacia la celebración de la Pascua y, en este caminar, la Palabra en el texto de Juan, abre la reflexión sobre realidades centrales de la vida: el amor, la amistad, la fidelidad, el dolor compartido, la muerte, la fe.

Jesús se muestra en el relato, profundamente humano, quiere a sus amigos, llora con Marta y María la muerte de Lázaro. Sigue presentando el amor y la amistad, como vínculos entrañables que sostienen la vida la fidelidad que genera confianza y seguridad; el dolor compartido que consuela y serena; la fe que fortalece ante la muerte y trasciende hacia una vida resucitada.

Con este relato de la vuelta a la vida de Lázaro, la Palabra nos vuelve a situar ante la realidad más radical del hombre, la muerte y, ante la decisión libre de aceptar en fe, el misterio de la Resurrección.

Que sigamos ahondando en esta Cuaresma, en estas dimensiones, quizás las más humanas de la vida y la muerte, que nos presenta Jesús. Que su Palabra reactive la esperanza que, impulsada por la fe, siga iluminando nuestro caminar hacia la Pascua.

ORACIÓN

En Betania, Señor,
junto a Marta y María
llorando la muerte de Lázaro,
contemplo y me adentro de nuevo,
en realidades nucleares de la vida,
la amistad y el cariño,
el dolor y la impotencia,
la muerte y la fe.

De forma sencilla,
nos muestras dos dimensiones
de tu misterio personal.
Te vemos y te sentimos
humano, cercano,
conmovido ante la muerte de tu amigo,
pero también nos invitas a creer en tu poder salvador:
“el que cree en mi,
aunque muera, vivirá”.

Haznos, Señor,
sencillamente humanos, como tú.
Que celebremos y agradezcamos
la vida que nos regalas
en los amigos, en los detalles,
en los esfuerzos compartidos.
Que ningún dolor nos sea ajeno,
que ninguna muerte nos deje indiferentes,
que no apoyemos con nuestro silencio
ningún abuso, ninguna, injusticia.

Como en Betania
tus amigos amaban la vida,
también nosotros soñamos con vivir
en armonía, en paz,

pero, tristemente el poder y la fuerza
siguen destrozando vidas y pueblos.
También nosotros en demasiados momentos
atentamos contra la vida.
Lo hacemos, cuando borramos sonrisas,
levantamos muros,
ahogamos ilusiones,
cuando no dialogamos ante los problemas,
sino que imponemos
parcial y autoritariamente, nuestra voz.

Enséñanos a celebrar la vida
en las cosas pequeñas de cada día,
en el sonreír al sol y a la luz,
en el pan partido y compartido,
en reconocer y acogerlo bueno de cada persona,
en el vivir cada momento
como posibilidad nueva de aprender,
de compartir, de crecer.

Ayúdanos a descubrirte
en los momentos más duros
de dolor, de enfermedad, de muerte.
Cuando desposeídos de todo,
en silencio y en soledad radical,
nos encontramos contigo, en el misterio.
Que en estos momentos,
te vivamos como Presencia que serena y fortalece,
que armoniza y pacífica.
Que tu Palabra nos haga fuertes en la fe:
“El que cree en mí, vivirá para siempre”.

Ponemos ante tu mirada, Señor,
a todos los que, cualquier tipo de muerte
les ha robado la vida y la esperanza.
A los que caminan desencantados, rotos,
sin pan, sin salud, sin futuro.
Que te encuentren como el amigo entrañable
que comparte y acompaña,
que ofrece la vida y la recrea, en el Misterio Pascual
de la vida resucitada.
Amén

(F.Oyonarte, hsa)

